

AGENDA CIUDADANA

LA FATIGA EN LA TRANSICION

Lorenzo Meyer

Entre mas se Cambia más Sigue Siendo lo Mismo.- Si en medicina existe el concepto de “fatiga de combate” y en ingeniería el de “fatiga de los metales” ¿por qué no utilizar en la ciencia política el concepto de “**fatiga transicional**”? Este término puede ayudar a entender la situación actual de una sociedad como la nuestra o la de Bielorusia, donde una parte de ella se empeña en una lucha por superar formas muy viejas de hacer política, pero otra parte, y por razones muy diversas, no comparte su rechazo a las antiguas prácticas del poder y, en realidad, las sostiene. Así, lo que unos deshacen en el día otros lo rehacen en la noche y las viejas formas de ejercer el poder, siguen clavadas en medio del camino –han perdido firmeza pero no efectividad-- y continúan siendo un obstáculo al tránsito del país hacia lo nuevo.

En la estructura política del México de fin de milenio muchas cosas parecen cambiar pero, finalmente, sigue vivo lo esencial de su tradición antidemocrática al punto de hacer inevitable la pregunta: ¿el cambio requiere aún de un último esfuerzo o éste se encuentra todavía tan lejos que lo prudente es llegar a un acomodo con los intereses creados y aguardar a que la historia permita la apertura de un espacio que vuelva a hacer racional imaginar el cambio?

La fuerza opositora más importante, la que ha logrado acumular y organizar desde 1987 los mayores despliegues de energía social en favor de la transformación política es, sin duda, el FDN institucionalizado en el PRD. Fue el centro izquierda el que no concertó ni claudicó. Sin embargo, a esa oposición le tomó nueve años lograr que se le reconociera un triunfo electoral de alguna significación: el de la Ciudad de

México. La contraparte del triunfo es el enorme el desgaste que ha significado para el PRD el gobierno de una urbe cuyos males son incontables, tienen raíces muy hondas y su solución, si es que existe, requiere de mucho tiempo y de la cooperación plena de una instancia superior, la más alta, la que creó los problemas y que permanece en manos de los enemigos del PRD: el gobierno federal. Los otros triunfos locales del PRD --Zacatecas, Tlaxcala y Baja California Sur--, no han sido realmente victorias auténticas, sino productos inesperados de deserciones en las filas del viejo régimen. En cualquier caso, ninguno de los tres es pieza central del ordenamiento político del México actual.

La última y más reciente movilización electoral y social del PRD, la de Guerrero, sirvió para comprobar que, finalmente, el sistema de poder de la postrevolución “entre más cambia, más es la misma cosa”. La simbiosis PRI-gobierno, sigue hoy tan viva como siempre. Los votos de los pobres, de los económica y culturalmente desprotegidos, de las víctimas directas de los abusos históricos del poder, se volvieron a comprar con la misma fría y eficaz racionalidad conque se compraron en Yucatán o en Tabasco y en tantos otros lugares. Como en 1988, en Guerrero en 1999 se volvió a montar una organización paralela de computo para seguir paso a paso el proceso electoral e influirlo, pues de otra manera ¿para qué el esfuerzo?. Finalmente, la Comisión Electoral Estatal siguió tan ajena al paso del tiempo y a la imparcialidad como si viviera en el siglo XIX.

El Concepto. Es aquí donde puede resultar útil el concepto de **fatiga transicional** y al que se puede definir de la siguiente manera: una situación que se produce cuando el tiempo transcurrido entre el inicio del cambio en la naturaleza del

sistema político y el presente es tan largo que el viejo orden tiene la posibilidad de transformar su estructura interna sin cambiar su naturaleza general. La transformación parcial le permite al grupo en el poder resistir la acción de sus adversarios y desgastar la energía social en que se apoya la posibilidad de cambio. Una vez perdido su ímpetu original, la transición deviene en un proceso interminable, en una no transición.

El mecanismo de la fatiga en la transición no es muy distinto de aquel que opera en el proceso de vacunación. Dosis periódicas y significativas pero no letales de organismos peligrosos para el sistema –en nuestro caso, demandas y movilizaciones democráticas dentro de un sistema no democrático— desatan un proceso de creación de anticuerpos –la liberalización política— que termina por constituir una defensa efectiva contra el avance del organismo extraño. En el caso mexicano, la élite que controla el sistema autoritario más viejo del planeta ha acumulado una enorme experiencia que le hace ser uno de los grupos antidemocráticos más sofisticados y, por ello, con una gran capacidad para neutralizar a sus oponentes y hacer del desmantelamiento del autoritarismo una tarea casi imposible.

El Modelo Ideal de Transición. La teoría de la transición democrática señala que el examen de los casos concretos --varias docenas acumuladas desde los años setenta-- no permiten construir una teoría que describa y explique como se lleva a cabo la sustitución del viejo régimen totalitario o autoritario por el pluralista y democrático ya que cada país ha seguido un camino lleno de irrepetibles. Sin embargo, no está de más imaginar como podría ser un modelo ideal.

Ese modelo deseable de transición es uno que permite efectuar el cambio de fondo en un tiempo relativamente corto y sin violencia. El disparador de los procesos

de transformación es un hecho muy concreto --la revolución de los claveles de Portugal, la muerte del caudillo en España o la derrota del ejército argentino en las Malvinas— que despierta o generaliza la movilización popular anti sistema. Los guardianes del viejo orden son tomados por sorpresa pero su ala moderada reconoce que la mejor solución es la negociación para neutralizar a los elementos más radicales de los dos bandos en pugna. Con el fin de evitar un desenlace catastrófico, los moderados autoritarios negocian con los moderados demócratas las condiciones del desmantelamiento pacífico del viejo sistema y se dan garantías a los beneficiarios del antiguo orden. Bajo un gobierno provisional se pactan y formalizan las reglas del nuevo orden --una constitución--, se procede luego a elecciones percibidas por todos como libres y equitativas y, finalmente, hay una transferencia inequívoca del poder a actores políticos nuevos. El mundo externo apoya y legitima el cambio y en la agenda nacional la transición pasa rápidamente a ser historia y la tarea nacional de cara al futuro es la consolidación y penetración de la democracia en la sociedad.

Los rasgos de este modelo ideal se pueden identificar, selectivamente, en algo de lo que efectivamente ocurrió en España, Portugal, Uruguay, Argentina o Sudáfrica. En contraste, tiene poca semejanza si es que alguna, con el proceso que efectivamente ha tenido lugar en México hasta hoy.

Como Funciona el Mecanismo Defensor del Antiguo Régimen.- ¿Cuándo se inició en México el proceso de cambio? La teoría nos dice que el punto de arranque de la transición es siempre un cambio importante en una o más reglas reales que gobiernan el ejercicio del poder en el viejo orden. Respecto del caso mexicano no hay acuerdo al respecto. Para algunos, la transición se inició en 1968 cuando el poder

presidencial de un sistema teóricamente revolucionario y democrático, asumió públicamente la responsabilidad de una matanza de ciudadanos desarmados que exigía algo legítimo: que lo puramente formal —la estructura democrática delineada en la constitución— se convirtiera en real. Otros, prefieren poner el inicio en el momento en que surgió una oposición partidista capaz de desafiar con éxito al sistema de partido de Estado y le obligó a negociar, es decir, en 1988. En cualquier caso, se trata de una transición que se alarga y cuyo costo social, obviamente, aumenta con el paso del tiempo.

La Fatiga.- Quienes sufren de fatiga de la transición no son, desde luego, los políticos profesionales y las fuerzas que viven del y para el sistema, sino sus adversarios, sobre todo esa parte de la sociedad que le sirve de base a la oposición y que una y otra vez ha sido llamada a movilizarse hacia las urnas, los mítines, las consultas, las marchas, la firmas de peticiones, el trabajo voluntario en los partidos y organizaciones no gubernamentales, pero sin lograr echar abajo al viejo orden.

En el caso mexicano, el desgaste de las fuerzas que impulsan el cambio viene de una muy sofisticada combinación de liberalización, uso del gasto, fraudes, corrupción y represión. Tras cada acto de resistencia al cambio: la matanza del 68 (y su secuela, la del “jueves de corpus”), los fraudes electorales de Miguel de la Madrid y Manuel Bartlett (el de Chihuahua de 1986 y el nacional de 1988), vinieron las liberalizaciones políticas como la “apertura democrática” de Luis Echeverría, la reforma electoral de 1977 o las varias reformas electorales de Carlos Salinas. Igualmente, el gobierno reaccionó ante sus oponentes abriendo las compuertas del gasto público para cooptar no tanto al opositor abierto como al potencial: el populismo echeverrista,

la “administración de la abundancia petrolera” de José López Portillo o el Programa Nacional de Solidaridad de Salinas. Todo lo anterior, cuidadosamente mezclado con el control de los medios de comunicación, del poder judicial, de las relaciones con el exterior (particularmente con Estados Unidos), de las corporaciones (sindicatos, organizaciones de profesionistas, empresarios, banqueros, iglesias, ejército), más la represión, sobre todo en las zonas marginales, especialmente en las rurales.

La Desilusión.- La mera prolongación en el tiempo del autoritarismo no es la parte central de la estrategia del grupo en el poder por hacer de la transición mexicana una no-transición. No, el objetivo básico es aprovechar el tiempo ganado para hacer de la oposición una no-alternativa, es decir, desprestigiarla ante el electorado y ante la opinión pública internacional para convencerles que el objetivo del cambio político, la transferencia del poder del PRI a otro partido, simplemente no vale la pena, que la oposición, cualquier oposición pero sobre todo la más intransigente, no es garantía de ética ni de eficiencia en la administración.

Al PAN, el autoritarismo le desprestigió ofreciéndole las ventajas inmediatas de una alianza de conveniencia –las concertaciones--, jugando con sus instintos conservadores: mantener al PRI en el poder en el corto plazo para impedir un triunfo de su enemigo histórico: el neocardenismo. Luego, la presidencia autoritaria asumió como propio parte del programa de gobierno del PAN: reconocimiento de la Iglesia, destrucción del ejido, reprivatización de la banca y privatización de las empresas del Estado, reconocimiento de ciertos triunfos panistas a nivel estatal, alianza estructural con los Estados Unidos (Tratado de Libre Comercio), relaciones diplomáticas con el Vaticano, posiciones en el gabinete (posiciones en las zonas imposibles, como es la

Procuraduría General de la República), mayores recursos a los gobiernos locales y deferencia en público, mucha deferencia.

Al PRD se le dio el tratamiento opuesto pero buscando el mismo fin. Al fraude del 88 le siguieron los fraudes locales en regiones donde están las clientelas naturales del neocardenismo: Michoacán o Guerrero. La desestimación de las pruebas irrefutables del enorme e ilegal gasto electoral en Tabasco en 1994, donde el fraude también fue probado (el análisis que en su momento llevaron a cabo José Agustín Pinchetti y Santiago Creel). Asesinatos selectivos (a Ovando y Gil en 1988 les han seguido centenares de cuadros perredistas, particularmente en Guerrero) o violencia abierta (Aguas Blancas). Ninguna deferencia o muestra pública de respeto y si, en cambio, un uso constante de los medios de comunicación para presentar al perredismo como el partido de la violencia y de la irresponsabilidad. Obligado a cederle el poder en el Distrito Federal a Cuauhtémoc Cárdenas en 1997, el presidente le colocó en una situación donde le será extremadamente difícil entregar buenas cuentas al líder perredista: una deuda heredada enorme y la imposibilidad de contratar nuevos préstamos en las cantidades necesarias, una policía y sistema judicial corrupto hasta el tuétano cuya reestructuración es, en el mejor de los casos, una tarea de largo plazo, y una negativa sistemática a negociar lo sustantivo.

En suma, el objetivo del viejo sistema es prolongar la transición hasta provocar una fatiga de la sociedad con el proceso y crear una desilusión generalizada con la democracia antes de que ésta tenga siquiera la posibilidad de existir. En poco tiempo, en el 2000, se podrá saber si el autoritarismo postrevolucionario –el más viejo del planeta-- tuvo éxito en su empeño.

